

El Dr. Pedro Barcia y los valores de la lectura

El jueves 1 de noviembre, en la Sala Azul de la Feria del Libro pudimos disfrutar la conferencia del Presidente de la Academia Argentina de Letras, el Dr. Pedro Barcia acerca de *Los valores de la lectura*.

Ante una sala azul colmada y expectante, el Dr. Barcia explicaba que “el leer nos hace disertos, capaces de hablar con elocuencia y argumentación sólida, y que el escribir nos hace personas”, parafraseando aquella sentencia de Francis Bacon, “El leer nos hace personas, el hablar, ágiles y el escribir, precisos”. Y Barcia nos comentaba que “el leer desarrolla en el hombre, por un lado, la inteligencia intrapersonal, el gobierno de sí; y, por otro lado, la inteligencia lingüística, esa que hace al hombre perito para expresarse en sociedad”. En ese sentido, Barcia destacaba a los docentes como esos “pontoneros, constructores de puentes, que hacen al alumno cruzar desde la orilla del mundo oral al escrito, y desde este al digital de las nuevas tecnologías”.

El catedrático resaltaba que, a veces, hay barreras que impiden que el saber humano se expanda, “como lo afirmaba Jacques Bergier en *Los libros condenados*, en donde mencionaba la creencia de Coleridge de que existía una conspiración, la de las **personas de Porlock**: En el momento en que Coleridge se sentaba a escribir golpeaba la puerta algún habitante del pueblo de Porlock para pedirle algo, azúcar, preguntar una dirección, etc. Interrupciones que terminaban desconcentrándolo de su tarea intelectual”.

Y nos contaba Barcia que “la lectura tiene sus pasos: Leer es seleccionar, porque ‘la palabra leer viene de *legere*, que significa **reunir**, como en las antologías; además significa **apropiarse de** algo, comprenderlo, ‘cuando usted comprende algo, lo iguala. Pero no en el sentido de que el lector se iguala al escritor, sino en el sentido de que alcanza su cosmovisión. Leer es escuchar a otro a través de la letra”.

“Una buena lectura se logra cuando se acierta con el texto adecuado, para la circunstancia en que cada uno lo necesita”, nos decía el catedrático.

Agregaba Barcia que “leer un diario no es lo mismo que leer un libro, según decía Chesterton, porque la noticia del diario es perecedera, mientras que los contenidos del libro no lo son”. Y comentaba Barcia que “es necesario saber qué libros hay que leer y cuáles releer, pero, fundamentalmente, tener en claro cuáles no leer”. Esos que Barcia llama “de lectura chicle, porque el chicle se masca, se tiene en la boca pero no se procesa, no se asimila, no alimenta”.

Barcia afirmaba que “en la lectura todo es diálogo. Baltasar Gracián afirmaba que leer era dialogar con los muertos. Pero esos muertos siguen vivos a través de las letras que los inmortalizaron”.

“Leer también es sostener un diálogo consigo mismo, un soliloquio” -continuaba Barcia- “la palabra diálogo tiene el prefijo *dia*, que significa **a través de** por eso diáfano es transparente, que se puede ver a través de”. Y agregaba: “el más importante principio de la lectura es leer atentamente, que es la forma de comprender más cosas que las que hay en las páginas. *Diálogo* también significa, con su prefijo *dia*, **tirar, tensar, ceder, luchar**, por eso son desafiantes, los textos difíciles, esos que te exigen consultas bibliográficas, ir al diccionario, esos que despiertan la reflexión”. Sin embargo, aclaraba Barcia que “no es bueno el texto oscuro. El escritor debe regalarle al lector el placer de ser accesible, transparente”.

“La lectura”-agregaba Barcia- “debe proporcionar un goce, para eso hay que vivir el texto, leerlo vicariamente, *vicario* viene de vida, vivir la vida de Indiana Jones, de Martín Fierro, de eso se trata: de hacerse texto con el texto”.

Y afirmaba el académico que “el texto es su contexto, y no tiene que ser pretexto para transmitir una ideología, forzando al texto a decir lo que pensamos, a reflejar nuestro sistema de ideas. Esa es una prestidigitación lamentable. Tal es el caso de las novelas de tesis, como las de Sartre. Tampoco se debe escribir con intención didáctica, sin embargo el texto debe tener efecto didáctico”.

“Los microrrelatos tampoco son una invención posmoderna”-aseveraba Barcia- “Hemingway escribía: ‘Vendo zapatos de bebé. Sin usar’. Un texto breve cargado de íntima angustia, reflexión y tragedia”.

“Pero”, opinó Barcia, “los textos largos, a diferencia de los cortos, permiten en los alumnos la asociación y el desarrollo reflexivo. El docente debe *explicar* los pliegues del texto, es decir desplegar sus niveles de sentido”.

“Un lector astuto de la Biblia conoce esos niveles, esos que explicó muy bien Santo Tomás de Aquino” -reseñaba el titular de la academia de letras vernácula- “en primer lugar, el **sentido literal**, ese que nos permite entender el sentido denotativo, lineal, directo de un texto, por ejemplo comprender la salida de los hebreos de Egipto solo como eso: el éxodo de un pueblo en búsqueda de una tierra distante. **El sentido alegórico o simbólico** nos diría que los hebreos salieron hacia su liberación histórica. **El sentido moral** explicaría que los judíos abandonaron, al fin, el cautiverio del pecado. Y, finalmente, un cuarto sentido, **el anagógico**, aquel que corresponde a la interpretación mística, revelaría que los judíos fueron rescatados, salvados, para vivir en el cielo, en la Nueva Jerusalén”.

Barcia, al referirse al poder revelador de la lectura, citaba a Rabindranath Tagore en su afirmación poética: “Leer es despertar la música tácita de los pájaros dormidos en el texto”.

“Hasta la Neurolingüística ha demostrado que un texto complejo exige mayores competencias a los lectores, y los armoniza biopsicológicamente. Así, cuando un periodista de un diario local mendocino, sugería ocurrentemente: ‘Evite el Alzheimer, lea a Borges’, decía una gran verdad” -cerraba Barcia.

Finalmente, el Dr. Barcia nos comentaba que “analfabeto no solo es quien no sabe leer o escribir. Analfabeto es quien, sabiendo leer, no lee. También lo es quien lee un solo libro, limitando su universo. Analfabeto es quien lee aquellos libros que participan de su fe o reafirman su ideología, porque ese lector no podrá nunca tener conciencia de la otredad, de lo diferente, aquello que lo hace encontrarse consigo mismo. Analfabeto es, además, quien lee solo un género literario, porque un lector de novelas policiales *solamente*, se dedica a *sospechar* de todo lo que una poesía, por ejemplo, nos puede decir. Y analfabeto es, también, quien solo lee literatura contemporánea, porque jamás podrá saber la dimensión y tener el contacto profundo con los valores que los clásicos y la línea

de la tradición literaria pueden aportar para mejorar nuestra calidad de vida y regalarnos el goce único de leer un buen libro”.

Todas estas reflexiones salieron de la boca del Presidente de la Academia Argentina de Letras, un hombre que fue también, para nosotros, esa tarde, en el marco de la Feria del Libro local, como un libro abierto, en cuyas páginas, plagadas de humor, citas, autores y fragmentos inolvidables, pudimos, vicariamente, gozar la vida de todos los personajes que pueblan esos mundos imaginarios y reales de la lectura. Y más vivos que nunca.